Losada, Alejandro: *La literatura en la sociedad de América Latina*. Frankfurt, Verlag Klaus Dieter Vervuert, 1983, 242 pp.

Alejandro Losada, actualmente profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad Libre de Berlín, había ingresado al ámbito de la crítica literaria con un libro polémico, voluntarista y desigual, pero de hipótesis muy sugerentes para el análisis sociológico-literario tanto de la literatura peruana como hispanoamericana, titulado *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en Hispanoamérica y el Perú* (1976). Posteriormente, en base a las propuestas de este libro, ha profundizado sus investigaciones dando cuenta de ellas en diversas revistas de crítica literaria. Consecuencia, precisamente, de estas investigaciones es el libro que reseñamos, el cual fue presentado como tesis de doctorado al Departamento de Filosofía, Historia y Ciencias Sociales de la Friederick-Alexander Universität, Erlangen-Nürnberg.

El presente libro de Alejandro Losada consta de cinco capítulos e intenta ser una aproximación al estudio del romanticismo peruano (3 capítulos) y el romanticismo argentino (1 capítulo), partiendo de la comparación de la producción literaria de ambos países referida a esa época. Como quiera que el estudio del romanticismo argentino, por su organicidad e importancia dentro del contexto histórico literario latinoamericano tiene una tradición crítica, que lo ha analizado con cierta exhaustividad, Losada dedica esta vez mayor atención al poco estudiado romanticismo peruano. El libro finaliza con un capítulo (resumen de los cuatro anteriores) escrito en alemán.

En el prólogo del libro Losada señala que su estudio se sustenta en tres supuestos: la concepción de la literatura latinoamericana como un fenómeno particular, distinto del europeo, la convicción de que esa particularidad literaria tiene su origen en fenómenos históricos, en las sociedades de América Latina, a partir del proceso de formulación del nuevo paradigma estético-cultural que sustenta el nuevo grupo productor-receptor de una nueva forma literaria. Agrega Losada que su

trabajo no es estrictamente una historia literaria ni se ocupará de las obras más relevantes de ese período, sino que más bien su estudio se orienta al proceso genético por el cual un nuevo grupo productor formula un nuevo paradigma estético-cultural, lo transforma y lo consolida en obras literarias relevantes distintas de las europeas.

Pero el concepto teórico más importante de la elaboración crítica de Losada —el cual ya lo sustentó en su libro mencionado de 1976— se refiere a su concepción del proceso de producción literaria como una praxis social. Según este concepto un determinado grupo social emergente formula un nuevo horizonte de su existencia social, constituye nuevas relaciones con los diferentes actores sociales, asume o rechaza formas culturales dominantes, etc. a través de un nuevo lenguaje literario por medio del cual el nuevo sujeto social “adquiere una nueva identidad y... logra configurar un nuevo tipo de relación con la naturaleza, con la historia y con la sociedad como totalidad” (p. 10).

Bajo todo este conjunto de supuestos y conceptos críticos Losada emprende un estudio comparativo del romanticismo peruano y el romanticismo argentino, precisamente porque ambos constituyen dos modos diferentes de recepción del romanticismo europeo, dos modos de producción literaria diferentes —cada uno tiene como base a distintos actores sociales—, con horizontes culturales y recursos diferentes y hasta opuestos.

Losada parte en su estudio del romanticismo peruano relacionándolo con la exportación de un producto primario como el guano que articuló a Lima con el mercado mundial —a la vez que la capital perdía relación con el interior del país— trayendo como lógica consecuencia una opción de modernidad y renovación cultural de influencia europea. El hecho que la explotación de este producto primario sea financiada con capitales extranjeros y sin necesidad de modificar la estructura productiva ni las relaciones sociales tradicionales tendrá una influencia decisiva en el desarrollo del movimiento romántico en el Perú.

Losada complementa tal hipótesis haciendo una aproximación a la estructura social del Perú de las décadas siguientes al proceso de la emancipación, donde se constata que las relaciones sociales semifeudales se imponían en todo el país tanto en las plantaciones de la costa como en los latifundios de la sierra, en los cuales los “señores” propietarios habían consolidado su dominio local al debilitarse el poder estatal por sus continuas luchas internas. Subsistían los códigos y ordenanzas coloniales, la esclavitud y la educación no había perdido el carácter religioso de la época colonial. Los actores sociales más importantes que participaban en este marco social son los caudillos militares, los terratenientes y los intelectuales, que luchan —cada uno según su perspectiva— por afirmar de alguna manera la nacionalidad peruana, generando una época de anarquía que dio como resultado seis constituciones, incontables asonadas militares y continuos cambios de proyectos.

El romanticismo peruano tiene como antecedente histórico tal situación político-social, aunque en realidad se inscribe a fines de la década del cuarenta y siguientes, cuando la situación política había recuperado cierta estabilidad y había también cierto desarrollo económico. La situación política anterior a la época romántica se había caracterizado por el desgaste de la lucha entre liberales y conservadores en la cual se habían degradado los principios liberales, visible en el comportamiento político vacilante de valiosos representantes del liberalismo como Luna Pizarro, Sánchez Carrión y otros. Precisamente la generación romántica nace con un radicalismo que trata de recuperar la limpieza de los principios liberales, tan venidos a menos en la etapa anterior, y por ello se presenta con una exigencia de pureza política, rigor ideológico y radicalismo democrático, condenando en bloque el pasado.

Pero a pesar de toda esta retórica bien intencionada no trascenderán el magro proyecto social de la primera etapa de la república peruana ya descrito. Al inicio se opondrán a los caudillos militares y se apoyarán en la opinión pública para luego des-

preciar a esta última y buscar auxilio en los primeros, repitiendo la misma experiencia negativa de los primeros liberales. En el fondo sólo revisten de formas democráticas a las élites dirigentes para que éstas sigan manteniendo las estructuras sociales tradicionales. La expansión económica que caracterizó a la década del cuarenta y cincuenta del siglo XIX, la reestructuración parcial del estado fortalecido por los recursos del guano les convenció que entraban a una nueva etapa, pero estos cambios sólo fueron coyunturales y la modernización aparente. La élite dirigente, que controlaba el comercio del guano, tenía una mentalidad rentista, el auge económico no tenía una relación con una revolución en las relaciones sociales ni se había producido siquiera una transformación burguesa de la sociedad. En el fondo la sociedad peruana no había superado las limitaciones estructurales que había heredado del proceso independentista anterior, sólo así —añade Losada— se puede entender también las limitaciones del romanticismo peruano.

Expuesto el esquema general por el cual transitará el romanticismo peruano, Losada hace un seguimiento más detenido de este movimiento desde su génesis inicial esperanzadora, liberal y democrática hasta la claudicación de estos principios y la absorción neutralizadora de este movimiento por parte del estado. La iniciación de los románticos peruanos se da cuando Castilla llega al poder y la situación política del país logra cierta estabilidad, gracias al pragmatismo y astucia del caudillo aludido, agregada a la bonanza económica de ese momento. En la época de Castilla se privilegia lo pragmático a lo político, funcionan los diversos poderes del estado en forma estable por primera vez y se inicia el proceso de modernización de la costa con la explotación del azúcar y el guano. La entrada en escena de la generación romántica está articulada a este cambio de situación en la cual los jóvenes románticos tratan de incorporarse a las posibilidades de este nuevo estado en expansión. Los caudillos que gobiernan en esa época, como Castilla, Echenique, San Román y Vivanco eran viejos militares que luchaban o se asociaban entre ellos según las circunstancias,

constituyendo en el fondo el mismo grupo social que participaba y usufrutuaba del aparato del estado. En el gobierno de Castilla se contempló la distribución de puestos burocráticos y la incorporación de los intelectuales, por ello la generación romántica se definirá en relación con esta inevitable clase dirigente oponiéndose o adhiriéndose y así irá adquiriendo conciencia de sí misma, de su sociedad, la cultura y la creación literaria.

Con el romanticismo también se inaugura un tipo de cultura y literatura menos vinculada a lo político y doctrinario —que había caracterizado a la etapa anterior— que a la organización del ocio, el espectáculo social y la preparación de profesionales y burócratas. La creación de este nuevo espacio cultural posibilitó la incorporación de los románticos al proyecto de la clase dirigente, y es en sus continuas relaciones con ésta sea en los teatros, espectáculos o colegios que formarán su personalidad social. No es casual, entonces, que el éxito teatral de Corpancho, le posibilite primero una beca a Europa para luego ser secretario de Castilla, o que la representación de una alegoría patriótica le posibilite una exitosa carrera pública a Luis Benjamín Cisneros, o que Palma llegue a cónsul y luego secretario de Balta, y Salaverry sea protegido de este último. Todo ello fue posibilitado por la relativa democratización del poder, que permitió una mayor movilidad social para quienes estudiaban en colegios como el Santo Toribio, San Carlos, Independencia o Guadalupe. Esta generación romántica, para acceder dentro del proyecto de la clase dirigente, también necesitaba el respaldo de la masa popular urbana que venía participando activamente en la vida política y cultural, encontrando su presencia receptora y sancionadora a través del periodismo y el teatro (artículo de costumbres y comedias). Los románticos hacían un teatro costumbrista que satisfacía a esta nueva clase media, interesada en lo espectacular y novedoso, y que reencontraba de alguna manera sus vivencias en las escenas de estas representaciones. Pero esa relación con el público se va a ir perdiendo con el fracaso del proyecto liberal y por ello

optarán luego por la poesía intimista o la novela aristocrática.

La iniciación romántica, o primera etapa de este movimiento, la ubica Losada entre 1848-1858, cuando los dos principales antagonistas de la lucha por el poder del estado se da entre el grupo plutocrático conservador y el partido liberal. Este proceso de lucha y crisis dará una oportunidad a los románticos para identificarse con el grupo liberal y se opondrán a los sectores reaccionarios. En esta primera etapa los románticos peruanos se identifican con el romanticismo español, rechazando la poética clasicista anterior, iniciándose con un conjunto de piezas dramáticas (Corpancho, Salaverry, Luis Benjamín Cisneros, Palma) y con el género poético (Palma, Arnaldo Márquez, etc.). En este contexto es significativo el rotundo éxito de *El poeta cruzado* (1851) de Corpancho que fue aclamado por el público, para luego el autor recibir una ayuda estatal por medio de una beca a Europa. Lo mismo sucedió con la representación de *El pabellón peruano* de Luis Benjamín Cisneros, que le hizo merecedor de un puesto diplomático en el gobierno de Castilla. En estas obras se revela un predominio del énfasis enunciativo más que una resonancia estética, hay una ideologización de ese momento abstracta y declamatoria, en donde es notoria la ausencia de una tensión real entre el grupo productor de cultura y su sociedad, lo cual hacía fácilmente aceptable esta literatura por parte del poder estatal.

Lo que caracteriza a esta primera etapa del romanticismo peruano es su identificación con la modernidad pero a partir de un ideal romántico escindido de la vida social, ya que la literatura de ese momento se remitía al medioevo caballeresco, la interioridad exhibicionista o la fácil y retórica afirmación nacionalista. No se trataba de experimentar románticamente el mundo, como en el caso argentino, sino se hacía referencia a valores abstractos, individuales y ahistóricos. Esta limitación del romanticismo peruano, ya desde su primera etapa, se explica por la estructura social tradicional de la sociedad peruana, que hacía imposible que el romanticismo repre-

sentara la modernidad burguesa tal como se dio en Europa o Argentina, lugares en los cuales este movimiento estuvo relacionado estrechamente a revoluciones políticas y cambios sociales estructurales. Por ello Losada llama a esta etapa no como un romanticismo burgués, sino como un populismo ilustrado.

En la segunda etapa del romanticismo peruano la producción literaria está ligada con la oposición a la plutocracia, representada por Echenique. Esta oposición estaba liderada por la insurgencia del partido liberal —que junto con la alianza de Castilla y Vivanco derrotan a Echenique en 1854— y en la cual los románticos hacen su aprendizaje revolucionario. Ante la derrota de Echenique el partido liberal se sentirá triunfalista porque cree representar la modernidad. Sin embargo, en el discurso romántico encontramos más un contenido ético y principista, que un análisis de la realidad social. Los románticos peruanos no interpretarán la realidad sino se refugiarán en su intimidad, tocando la superficie del acontecer humano por medio del artículo de costumbres, la sátira y la ironía. Esto explica tal vez por qué en el Perú ni la novela ni el ensayo tuvieron fortuna en esa época.

Para graficar el utopismo revolucionario, que caracterizó al romanticismo peruano en su segunda etapa, Losada utiliza la producción literaria de Luis Benjamín Cisneros—éste recibió la influencia del agitador chileno, desterrado de su país, Francisco Bilbao que jugó un papel muy importante, en el sector liberal, a través de una prédica radical sustentada en artículos periodísticos, en los cuales planteaba una democratización del poder y un control y disminución del poder del ejército— como *San Martín* (1854), *Enrique Alvarado* (1856) y *Alfredo el Sevillano* (1856), obras en las cuales es visible un lenguaje romántico, lírico y pasional pero de influencia ilustrada. En estas obras se destacan valores como la juventud, la identificación con los héroes del pasado, los grandes gestas de la humanidad, todo ello relacionado con la modernidad europea y la interioridad utópica. En el fondo el historicismo que plan-

teaba Cisneros no era romántico decimonónico sino iluminista dieciochesco. De allí precisamente la ausencia de una forma literaria que juzgue la realidad social inmediata, que a su vez remitía a la imposibilidad de poder transformar el contorno social tradicional de la sociedad peruana, de aquel entonces, por la élite emergente en la cual se sustentaba la generación romántica.

La tercera etapa del romanticismo peruano está ligado al fracaso del proyecto liberal, luego que Vivanco se separa de Castilla. La lucha entre estos dos caudillos dejará a su suerte a los liberales quienes irremediablemente ven fracasar su proyecto cuando, recuperado Castilla de su lucha contra Vivanco, prescinde de una alianza con los liberales y se rodea del equipo burocrático conservador que ya había usufructuado el poder con Echenique, principal enemigo del liberalismo en los años anteriores. Para graficar el resultado que tuvieron estos acontecimientos Losada utiliza nuevamente la producción literaria de Luis Benjamín Cisneros, y a través de su epistolario y un poema inédito se nota claramente el desencanto por los ideales degradados. La sociedad es vista como un hecho corrupto y primitivo, su producción literaria se orienta ahora a su interioridad amorosa o la sátira social y no a la historia ni a ese horizonte paradigmático lleno de fe en la juventud que caracterizó su producción anterior.

Su novela *Julia*. . . (1860) ejemplifica claramente el cambio de la producción literaria romántica, ya que ésta está referida a la intimidad y la vida privada. Esta novela sentimental no explica ni cuestiona la realidad, es más bien un compromiso con ella, e implica la renuncia a que un espíritu insatisfecho se inmiscuya en las relaciones sociales. Este tipo de novela trata de olvidar su relación con el mundo, no es ya un ideal como el subjetivismo romántico y revolucionario de la primera etapa de Cisneros, sino la ideologización forzada de lo real. Losada resalta como a la vez Cisneros transforma su producción literaria y al mismo tiempo se sumerge en el proyecto de la élite dirigente, que creyó combatir, y en la cual él aho-

ra representa la faceta moderna de esta clase tradicional y en la que también es un próspero hombre de negocios. Todo esto revela la escisión entre arte y vida, entre poesía y experiencia inmediata, consecuencia de la claudicación de los ideales románticos liberales y el compromiso aporreado con la realidad.

A partir de 1860 lo que identifica a la producción literaria romántica será el distanciamiento de ésta respecto de la sociedad, contradicción que se resuelve por varios caminos: algunos producen una literatura satírica y desencantada, otros tomarán el camino de la diferenciación aristocrática (Cisneros y Salaverry) y sólo Ricardo Palma asume esa contradicción como materia literaria, encontrando una forma estética que la configure. En las *Tradiciones* de Palma, afirma Losada, no se percibe la tensión ilustrada que busca modificar la sociedad a través del aporte de la ciencia, la cultura o inteligencia, ni tampoco es una agresión y una ruptura con el medio social inmediato. Las *Tradiciones* son solamente un acercamiento benevolente a la historia lleno de ironía, tolerancia pícaro, escepticismo y crítica, mitigados por la simpatía en la descripción de los personajes, siendo el logro más significativo el aparato lingüístico con que se vehiculan estas historias ya que se utilizan, con coherencia y logro estético, varias normas del habla en la que la íntima y coloquial es la dominante. De allí que Palma es el que mejor escamotea esta escisión entre literatura y realidad, manipulando la historia y estableciendo una relación no reprimida con su sociedad.

En síntesis, concluye Losada, el romanticismo peruano que nació como un populismo ilustrado, se desarrolló articulado a la lucha del partido liberal planteando una utopía revolucionario aristocrática y una literatura inserta en la modernidad, se resolvía con una producción literaria ligada predominantemente a la vida privada sin lograr crear una auténtica tradición literaria con obras de relevancia estética. Losada afirma que esta literatura define el primer modo de ser republicano y que fue aceptada por la élite dirigente como parte de la "cultura peruana". Losada proyectando las consecuencias de las limitaciones

de esta literatura afirma que ese será el perfil esencial de las élites ilustradas hasta nuestros días: es decir, la gran paradoja de los intelectuales que se incorporan resignados a una sociedad tradicional que no pueden modificar y a la vez se identifican con una modernidad que tampoco pueden representar. Termina Losada afirmando que lo mejor de la literatura peruana de ese momento no está en esta literatura, elevada con carácter oficial como representativa de la cultura peruana, sino en la reflexión marginal de la memoria, el descubrimiento nacional de la costumbre, la crítica de la sátira y en los libros de viajes.

Como contraparte al estudio del proceso del romanticismo peruano, al cual ha dedicado el autor casi la totalidad del presente libro, hay un capítulo referido al proceso del romanticismo argentino. En la Argentina la situación de los intelectuales románticos fue radicalmente diferente, la mayor parte de su producción literaria la hacen no articulados a los sectores dominantes de su sociedad sino como exiliados, proscritos y participantes en un proceso realmente revolucionario. Ellos reelaboraron el romanticismo europeo planteando un nuevo lenguaje y un nuevo paradigma que se inscribiera dentro del horizonte de sus expectativas revolucionarias. A diferencia de los románticos del resto del continente, los románticos argentinos, a partir de una inteligencia ilustrada, asumen el estudio de la realidad social de su nación, tratan de interpretar esta realidad elaborando un sistema teórico que les permita explicar ésta, y finalmente plantean un cambio social de la misma. Dentro de la realidad social de su nación les interesará primordialmente, según Losada, la masa popular —sus condiciones de vida, sus relaciones con la naturaleza, costumbres y sus relaciones con las instituciones de la clase dominante— elaborando los medios que permitan la regeneración y emancipación del pueblo argentino dentro de un nuevo proyecto democrático. Todo ello les llevó a plantear nuevos principios estéticos que confirió una literatura radicalmente diferente a todas las demás del continente de esa época que incluso hace imposible calificarla como romántica.

Normalmente —señala Losada— los grupos ilustrados luego de la independencia han tratado de vincularse al poder absoluto al mismo tiempo que luchaban contra los sectores tradicionales como el clero, la nobleza y los caudillos sociales. Pero en el caso argentino —continúa Losada— la desarticulación que siguió a la guerra de la independencia no permitió esta vinculación por lo que esta generación no se relacionó al poder y por ello desarrolló una producción literaria autónoma de la tradición ilustrada que los precedía. Ellos actuaron en forma colectiva y allí no había lugar para el subjetivismo individualista del poeta romántico. Así el *Dogma socialista*, redactado por Echeverría para darle sólo unidad de estilo, apareció sin firma porque fue compuesto luego de varias discusiones colectivas. Lo mismo sucede con la obra literaria de José Hernández —afirma Losada— que fue un intérprete de sentimientos colectivos, diferente del autor personalista. Todo esto llevó al hecho inusitado de que el sector inferior de la pirámide social se convirtiera en el destinatario de la producción literaria de individuos ilustrados, durante medio siglo, hasta llegar a fundar una tendencia literaria original como la literatura gauchesca. Tal es, en resumen, el resultado del estudio de Losada respecto del romanticismo peruano y argentino. Consideramos que este libro se inscribe dentro del proceso de relectura de la literatura latinoamericana que ha emprendido desde hace algunos años, desde diversas perspectivas, la nueva crítica literaria latinoamericana. A los estudiosos de la literatura peruana les será indispensable su lectura, pues este libro puede ser el punto de partida para reestudiar la totalidad del proceso literario peruano republicano, ya que Losada hace un manejo riguroso y coherente de la información e interpretación histórica de los acontecimientos sociales relacionándolos simultáneamente con la producción literaria, y a la vez proyecta audazmente determinadas características literarias recurrentes de la literatura peruana y latinoamericana que servirían para interpretar tiempos largos del proceso literario nacional y del continente.

A pesar de los logros evidentes de este libro encontramos que algunos puntos del

334

estudio de Losada son discutibles, como aquél que sustenta que la producción literaria peruana sufre una violenta variación de las formas literarias a raíz del fracaso de la revolución liberal de 1858, que hace que el teatro romántico de ese entonces pierda el público popular que le servía de base, para dar cauce luego a la poesía y novela de carácter intimista. Consideramos discutible y excesiva la afirmación “violenta variación de las formas literarias”, porque el romanticismo peruano desde su nacimiento tenía las huellas de sus limitaciones — como el mismo autor lo demuestra en su estudio — por lo tanto no podía darse un cambio violento de las formas literarias, además que ese teatro romántico carece de significación dentro del proceso literario peruano y no tenía tal vez la audiencia popular que supone Losada, sino que estaba más bien ligado a una audiencia de clase media de gustos aristocráticos.

Otro punto discutible del estudio de Losada es el que sustenta que la obra literaria de Sarmiento, Echeverría y José Hernández se inscribe en la misma vertiente literaria que tiene al pueblo como destinatario. Cuando bien sabemos por diversos estudios —entre los que destaca el de Roberto Fernández Retamar titulado “Algunos usos de civilización y barbarie” (*Casa de las Américas* n. 102, 1977)— que Sarmiento no representa ni siquiera a una burguesía nacional sino los intereses de las burguesías metropolitanas en expansión y de las cuales es su vocero ideológico, y que, en cambio, la obra de Hernández responde a una perspectiva popular de la burguesía nacional argentina. Es curioso, por otro lado, contrastar la visión popular que nos da Losada de la obra de Sarmiento y Hernández, con la coincidencia ideológica de estos autores desde una perspectiva reaccionaria que encuentra Luis C. Botwell Travieso en su artículo “Coincidencias ideológicas entre *Facundo* y *Martín Fierro*” (*Casa de las Américas* n. 122, 1980), según el cual ambos autores coinciden ideológicamente, a través de sus obras, en tanto representantes de diferentes fracciones de las clases dominantes argentinas, visible cuando Hernández en el *Martín Fierro* sustenta que el indio es inca-

paz para el trabajo productivo, coincidiendo aquí con Sarmiento quien también manifestó su desprecio por el habitante autóctono del continente. Estas observaciones al estudio de Losada no desmejoran el objetivo de la hipótesis principal que se ha propuesto el autor en este libro: demostrar las limitaciones del romanticismo peruano. Hipótesis que queda demostrada con amplitud, coherencia y rigor científico. Razón suficiente para considerar que este libro constituye una alternativa a los estudios tradicionales sobre la literatura peruana y a la vez un reto para la nueva crítica literaria peruana, la cual tiene la urgente tarea de dar cuenta de una relectura más científica –como la que se hace en este libro– de nuestro accidentado proceso literario republicano.

Jesús Díaz Caballero.

Adorno, Rolena (ed.): *From Oral to Written Expression: Native Andean Chronicles of the Early Colonial Period*. Foreign and Comparative Studies/Latin American Series No. 4, Syracuse University. 1982.

En la medida que se acrecienta nuestra conciencia del ocaso de la modernidad y de la civilización que surgiera como producto de la Ilustración, ha venido creciendo el interés por el estudio y el conocimiento de las culturas que fueron avasalladas en este proceso “civilizador” y “progresista”. Particular atención se le viene dando, desde una perspectiva interdisciplinaria, al Siglo XVI, momento histórico determinante en la comprensión de la evolución de la sociedad americana, así como de su actual complejidad cultural.

No es por ello casual que lo que antes fuera despreciado y considerado por algunos estudiosos como inexactas y poco valederas fuentes para la historia americana, sea hoy revalorado y sirva como punto de partida para una relectura del pasado y una mejor comprensión del presente. Las crónicas y relatos “indígenas” y/o “mestizos” del Siglo XVI (la denominación como observa-

remos más adelante no deja de ser objeto de controversia) han visto crecer en los últimos años una bibliografía que los toma como objeto privilegiado de estudio y busca profundizar una mejor comprensión de los mismos. A este propósito está dedicado el trabajo editado por R. Adorno, que se centra en los relatos elaborados en la región andina en la época inicial de la invasión española. Los trabajos recopilados tienen su origen en un panel sobre “Cronistas indígenas de la Conquista del Nuevo Mundo”, que organizó Adorno en octubre de 1980. El volumen incluye 4 ensayos y dos aproximaciones críticas, y revela un meritorio esfuerzo hecho en las universidades norteamericanas por aproximarse a la primera generación de “escritores latinoamericanos”.

En su ensayo sobre la versión escrita de la historia de Titu Cusi Yupanqui –*Relación de la Conquista del Perú* (1570)– Raquel Chang Rodríguez recapitula los acontecimientos que rodearon la producción de esta crónica y la forma como ésta se realizó. Según la estudiosa la característica de la *Relación* de Titu Cusi es ser su último acto de resistencia a la dominación colonial española y la propuesta de una convivencia de ambas culturas en un clima de mutuo respeto. Chang Rodríguez analiza la concepción de la historia en el relato de Titu Cusi, sus esfuerzos por reivindicar su legitimidad como heredero de la corona Inka, y la búsqueda de una salida política a la resistencia quechua atrincherada en Vilcabamba. Ella prefiere, según Chang, la dicotomía de la sociedad peruana, su fragmentación en dos universos mutuamente excluidos y el fracaso hasta la fecha de una resolución armónica de esta brecha abierta por la conquista.

Los estudios del discurso de Pachacuti Yamqui son abordados en un minucioso ensayo por Regina Harrison. Su análisis trata de desentrañar los códigos religiosos, literarios y culturales en la obra de Pachacuti Yamqui, así como analizar su representación simbólica del universo andino. Harrison examina con detalle los textos religiosos quechuas, y la forma como el cronista indígena se refiere al apóstol Tonapa y a Cristo, concluyendo que más allá de la asimilación de categorías europeas y teológi-